

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA Y LA SÁTIRA POLÍTICA EN LAS *LEYENDAS ESPAÑOLAS* (1840)

El tema de esta charla será una primera aproximación al estudio de la sátira política de José Joaquín de Mora en las *Leyendas españolas* y especialmente en la titulada «Don Opas».

Como sabemos, el nombre de Mora (Cádiz, 1783-Madrid, 1864) aparece profusamente en la historia literaria de la primera mitad del siglo XIX, sobre todo en relación con la querrela calderoniana, con su labor de publicista durante la emigración en Londres, y con su actividad política, periodística y docente en diversas repúblicas hispanoamericanas.

Escribió las *Leyendas Españolas* en los años que duró su emigración y tienen por asunto las tradiciones y la historia nacionales, en las que se basa para comparar el presente con el pasado de la vida española. A juzgar por ellas, en 1840 conservaba sus creencias políticas pero no sus esperanzas de ver el régimen liberal instaurado en una España en la que, a su juicio, el sentido de la responsabilidad política y el civismo de sus habitantes permanecían inamovibles a pesar del tiempo y de los cambios de la historia. Este fracaso y el de las esperanzas que Mora había puesto en su triunfo le llevaron a interpretar el presente y el pasado del país desde una perspectiva satírica.

Quienes se han ocupado de Mora le han tenido por un espíritu de la Ilustración, a medio camino entre el Neoclasicismo y el Romanticismo, otros le dieron como ecléctico o como un converso al romanticismo. Más acertado parece el juicio de Luis Monguió para quien, «Mora, como Jano, mira en dos direcciones, una la del gusto clásico profundamente enraizado en él; otra, la del gusto que va abriéndose camino en sus propios días» (1967, 80) y aunque Vicente Llorens, al referirse a los *No me olvides*, afirma que merece «ocupar un puesto nada desdeñable en los orígenes del romanticismo español, cuyo primer núcleo se encuentra entre los emigrados de Londres» (1979, 243), coincide con Monguió en que «Mora o la inconstancia podría ser el título de cualquier estudio dedicado a su obra crítica» (1979, 61).

Su opinión acerca de los romances sería un ejemplo que ilustra la inconstancia en los gustos literarios y la volubilidad crítica de Mora. Sabido es que en su juventud escribió romances, que estando prisionero en Francia envió algunos a doña Frasquita Lareira quien, llena de entusiasmo, se los remitió a Guillermo Augusto de Schlegel en 1813. Poco después daría fin la amistad del joven gaditano con el matrimonio Boehl de Faber y principio a una enconada querrela en la que se enfrentaron las ideas literarias y políticas y los resentimientos personales de unos y de otros.

Ya en Londres, publicó romances moriscos, festivos y satíricos en sus *No me olvides* de 1825, 1826 y 1827, algunos de ellos escritos en el decenio anterior, así como en las publicaciones londinenses *Correo Literario y Político* (1826) y *The European Review* en la que entre 1824 y 1825 aparecieron tres artículos sobre «Spanish

Poetry», de los que el tercero iba dedicado a los romances moriscos. Mora consideraba entonces el Romancero como un ejemplo admirable de poesía espontánea, popular, que arranca del espíritu heroico y religioso de la nación.

Sin embargo, en el prólogo «Al lector» que antepone a sus *Leyendas españolas*, sus opiniones sobre el romance han variado considerablemente. Comienza por alabar los antiguos pues «forman el cuerpo de poesía popular más perfecto, más característico y más interesante de cuantos poseen las naciones de Europa» (VI). Pero en su inquina contra el asonante afirma «que la introducción de la rima imperfecta o asonantada [en los romances viejos] provenía [...] de la ignorancia, falta de oído o negligencia del poeta» (XI) y que el escribir en versos asonantados de ocho sílabas necesitaba muy poco más esfuerzo que el hacerlo en prosa (X) y por ello el vulgo ha compuesto «los innumerables que se han escrito y corren impresos, sobre milagros de santos, aventuras festivas y ridículas, y fechorías y crímenes de malhechores» (IX). En estas *Leyendas* quiso «aplicar la versificación española a un género de narraciones que diste tanto de la humilde trivialidad del romance, como del altisonante entonamiento de la epopeya» (V) y sujetarse «escrupulosamente a la ley severa del consonante [... convencido ...] de la necesidad que tiene nuestra poesía, de abandonar esas formas triviales y fáciles que la deslustran y rebajan» (XIII).

Las *Leyendas Españolas* son veinte narraciones con una extensión que varía desde las quince octavillas de «El boticario de Zamora» hasta las 483 octavas reales del «Don Opas». Los metros preferidos son la octava real en ocho composiciones, seguida de los endecasílabos pareados en cinco, las octavillas en otras cinco, y la silva para las dos restantes. Mora sitúa la acción de estas leyendas en España, los personajes son cristianos, musulmanes y judíos y casi todas tienen lugar en la Edad Media, con excepción de un par de ellas de tema morisco granadino y época de los Reyes Católicos, otra del reinado de Felipe II, cuando la derrota de la Invencible y que es la única cuya acción transcurre fuera de España; y la titulada «Don Policarpo», de época contemporánea.

Excepto en muy pocos casos es aventurado fijar sus fechas aunque es posible que el autor las ordenase para la imprenta según la cronología aproximada de su composición. La primera de ellas, «La judía», ofrece todavía un vocabulario neoclásico —«celeste domo», «argénteo disco», «callada esfera», «faz inmoble» — ausente luego en las demás. Como indica su autor, «Una madre» se escribió en Bolivia, es decir, entre 1834 y 1837; y «Las dos cenas» y «Don Opas» nacieron también en América, aunque no sabemos en qué país; la primera podría haber sido escrita entre 1827 y 1843, y conocemos la fecha de composición de la segunda por unos versos que dicen: «Del año setecientos diez pasamos / al de mil ochocientos treinta y cinco». Según referencias en el texto, «La Florida» data del período absolutista, está basada en una tradición escocesa y es probablemente de los tiempos de Londres entre 1823 y 1827. «La batalla de Fraga», en fin, es un alegato contra las guerras fratricidas y, refiriéndose a la última de ellas, afirma el autor que todavía «está fresca la

herida», por lo que podría datarse entre 1837, el año en que da fin la primera guerra carlista y 1840, cuando ven luz estas *Leyendas*.

Parece que Mora conocía bien, o al menos estaba bastante familiarizado, con las antiguas crónicas y con la historia de España pues buena parte de estos relatos tiene base histórica. Así, en «Don Opas» cita a Ginés Pérez de Hita, al P. Mariana y al P. Flórez, a Cristóbal Lozano, a Pellicer y a Gibbon. Dos, al decir de su autor, son legendarios, «La bordadora de Granada», una tradición local que oyó referir cuando era estudiante, y «La Florida» que, como ya vimos, es de origen escocés. Las restantes, que son pocas, traen ecos literarios. Leyendas, en fin, más históricas que legendarias aunque en ellas se produzca esta deformación que sufre la historia a manos de los escritores románticos, y más cerca de obras como los *Romances Históricos* (1841) del duque de Rivas que de las leyendas de índole fantástica y popular, auténticas o falsas, al estilo de Zorrilla o de Bécquer. Las citas revelan su conocimiento de la obra de Fray Luis de León, de quien Mora gustaba tanto, de la épica italiana, y de autores franceses e ingleses, entre ellos Shakespeare y, en especial, su admirado Byron.

Las *Leyendas Españolas* vieron luz en 1840, el «annus mirabilis» de la poesía romántica española, y están dentro de la línea marcada por el Lord Byron de *Don Juan*, quien, como es sabido, influyó sobre Espronceda y sobre algunos otros autores como Miguel de los Santos Álvarez, y a la vez, podrían incluirse entre aquellas obras que atacan al romanticismo por medio de la parodia, la caricatura o la sátira.

Los asuntos de estas leyendas son los propios de tantos dramas, novelas, y narraciones históricas y legendarias en prosa o en verso localizados preferentemente en un mundo medieval idealizado, galante y caballeresco. Sin embargo, hay una gran desproporción entre ese mundo, con cuyas convenciones los contemporáneos de Mora estaban ya familiarizados, y el que éste pinta, despojado ya de su misterio y de su encanto y desmitificado por el escepticismo.

Para él, la Edad Media fue una época bárbara con una sociedad formada por nobles y clérigos opresores y por un pueblo oprimido. Con raras excepciones, aquí no hay ni héroes ni heroínas. Los personajes no se comportan con el decorum propio de su rango y tienen los vicios propios de los seres comunes y corrientes. Muchos de ellos son amorales, oportunistas e ignorantes y están dominados por el egoísmo, la avaricia y la lujuria.

Algunos críticos han acusado a Mora de prosaísmo y quienes conozcan el resto de su obra en verso habrán visto en él un poeta correcto y en ocasiones inspirado pero con mejores dotes para la narración y la sátira que para la lírica. Pienso que en estas narraciones tuvo la intención desmitificadora de presentar un aspecto prosaico de la Edad Media que no se había presentado antes, y de exponer al ridículo a personajes y situaciones protegidos hasta entonces por la idealización del pasado. Se sirve en ellas de palabras, frases o expresiones que deliberadamente rebajan el tono del discurso a un nivel coloquial y con frecuencia vulgar y en transi-

ción brusca y esta inesperada desproporción y este contraste logran un efecto cómico.

Es fácil reconocer aquí algunos elementos propios de la técnica byroniana como las digresiones, la relación directa e informal del poeta con los lectores, la adopción de un lenguaje descuidado y vago y las bromas a costa de eruditos y críticos. Mora rompe con frecuencia la convención narrativa con digresiones, a veces de extensión considerable, y que en «Don Opas» constituyen las XV primeras octavas y continúan entremezcladas con el argumento a lo largo del poema. Van en primera persona y el autor interrumpe la narración para dirigirse a los lectores, para comentar el texto o para expresar sus opiniones. En ocasiones las justifica de modo humorístico:

Haré una digresión impertinente,
como acostumbran ser todas las mías.
Crítiquenme si quier los literatos,
las digresiones dan muy buenos ratos [557];

o indica que va a darlas fin, («Vuelvo a tomar el hilo de Don Opas» [465]); o que está cansado («y para terminar con rasgos fieles / el cuadro interesante que medito / tomar aquí descanso necesito» [504]); o se dirige directamente al lector: «En fin, el largo cúmulo de horrores / que salieron de aquel perverso foco / el lector lo irá viendo poco a poco» [325].

Mora hace alardes de despreocupación que manifiesta con lenguaje impreciso. Así, aunque en principio estas leyendas están basadas en la historia, se refiere a ella con un tono ligero que revela su desinterés: «No se cómo (la historia no lo dice)» [517], o «Cuánto duraron aquellas ilusiones / no lo dicen aquellos cronicones» [121]. Se burla de la credulidad de los antiguos historiadores que dieron por verdadera la predicción hecha al rey Rodrigo de la pérdida de España [570] o relata humorísticamente la fábula de la apertura del Estrecho de Gibraltar: a ruegos del «comercio de Cádiz», dice, Hércules «llégase al muro, dale una patada,/ y un mar en otro mar hizo su entrada» [557]. Y, en fin, deja muy claro que ni la Historia ni la leyenda son dignas de crédito:

rico tesoro
de mentira o verdad, que las abuelas
bordan a su solaz. Cristiano y moro
lo dicen en sus clásicas leyendas,
no sin contradicciones estupendas. [589]

Pienso que este desprecio por los hechos históricos y por los personajes que participaron en ellos tiene por consecuencia el uso intencionado de un vocabulario pródigo en términos coloquiales y aun vulgares y de una versificación pe-

destre y rípiosa. Oigamos cómo relata Mora el asesinato del rey godo Witiza por el joven Rodrigo durante un banquete:

El, llevando a su colmo la cautela,
viendo al rey bostezar, hecho una sopa,
más rojo que la misma remolacha,
en un decir «Jesús!», va y le despacha [513].

Con frecuencia esta función degradatoria está encomendada al pareado final que ridiculiza y anula lo expresado anteriormente en la octava y, en ocasiones, estos versos traen a las mentes del lector de hoy los de las aleluyas o los del Muñoz Seca de *La venganza de Don Mendo*. Así, la infanta requerida de amores por un paje, asegura que «He de ser de acero fino / contra amorosos extremos. / y el paje dice: Veremos» [279]; don Enrique de Trastámara escapa de su hermano «y así burlando del cruel las furias / se embarca en un lanchón y llega a Asturias» [250?]; y Tarif arenga de este modo a sus huestes: «¿Qué dirán de vosotros en la Meca / sino que sois soldados de manteca?» [479].

Las *Leyendas españolas*, escritas en ratos de ocio durante los años del exilio podrían ilustrar el itinerario de una desilusión. Con el paso del tiempo, Mora fue testigo del fracaso de las ideas liberales tanto en su patria como en las nuevas repúblicas americanas así como de la evolución que llevó a correligionarios y amigos hacia una ideología política más templada.

Quien a través de sus lecturas había concebido la Edad Media como una época de oscurantismo y de tiranía tuvo ocasión de vivir el oscurantismo y la tiranía propios del absolutismo y así llegó a la conclusión de que la historia nacional se repetía y que el modo de pensar de los españoles permanecía inalterable. Por eso las motivaciones de aquellos antepasados medievales que aparecen en estas leyendas son irónicamente las mismas que las de quienes vivieron en la primera mitad del siglo XIX. Mora nos advierte que si sorprenden la barbaria y las injusticias relatadas por Tito Livio y Mariana, nuestros bisnietos se sorprenderán también de que nosotros fuéramos «unos grandísimos bribones» pues «mientras más se escribe y más se charla / de honradez más difícil es hallarla» [549].

Aunque no manifieste aquí abiertamente su preferencia por las instituciones republicanas, deja ver su desdén por la monarquía en términos demagógicos e inequívocos. El Trono, para él, no es más que un objeto inanimado, «Un girón de terciopelo / y unas tablas de pino; y los cristianos/ se figuran estúpidos que el cielo / esta armazón sostiene con las manos» [bef.504] y la monarquía una institución «Do puede un insensato,/ exigir que le besen el zapato» [543].

Estos godos que encarnan la España cristiana y sus valores caballerescos salen malparados cuando se les compara con los moros. Sabido es que aparte de la visión idealizada y literaria que había de los granadinos, la opinión general les ha visto con antipatía como bárbaros e infieles. Sin embargo, Mora consideraba que la

civilización musulmana en España influyó benéficamente sobre el nivel cultural, la laboriosidad y la suavidad de costumbres de los habitantes.

En vísperas de su encuentro con los moros el rey goda describe la caótica situación económica de su reino, que evoca bien a las claras la del tiempo de Fernando VII.

No hay que temer: España floreciente
 prospera, gracias al cuidado mío.
 La paga, a la verdad, no está corriente;
 el tesoro real está vacío;
 la escuadra sin raciones y sin gente;
 el soldado desnudo tiene frío;
 pero en España sobran los recursos [528].

Sin embargo, cuando Tarif pregunta qué progresos ha hecho el país, usando una terminología anacrónicamente moderna — «¿Adónde están las fábricas, las lonjas, / los caminos, los puentes, los canales?» — la respuesta puede aplicarse tanto a los tiempos medievales como a los propios del poeta: «No es eso lo que abunda: curas, monjas, / duques, condes, priores, provinciales. / Eso es España» [494].

En este poema Florinda la Cava carece de protagonismo y no tiene otro papel que el de precipitar el fin de un régimen político que desde hacía tiempo se desmoronaba. El escepticismo de Mora alcanza también a las mujeres y tras mencionar irónicamente que los eruditos todavía no se han puesto de acuerdo sobre la virtud de la Cava, concluye: «¿Por qué me empeño en fue casta? / ¿No fue mujer Florinda? Pues me basta» [523].

Los protagonistas son aquí Rodrigo, que fue un mal rey, y don Opas, que fue un mal clérigo, ambos llenos de vicios y dominados por bajas pasiones. La traición de Don Julián y de Don Opas, comparada aquí con las abdicaciones de Bayona, es una transacción vergonzosa. Los moros no pierden su dignidad y aun se asombran de la bajeza y el oportunismo de los prohombres godos, quienes olvidan la lealtad debida a su monarca y a su patria y aceptan servir al nuevo régimen a cambio de ascensos y ventajas.

La invasión musulmana no es un hecho de armas sino un paseo militar en un país plagado de gente indiferente y tornadiza. Semejante a la entrada de Fernando VII en España al volver de su cautividad, la llegada de Tarif toma caracteres apoteósicos. Los cristianos acuden en masa a vitorearle al incongruente grito de «¡Viva la Religión! ¡Vivan los moros!» reminiscente del tan conocido de «¡Viva la Religión! ¡Viva Fernando!» y lo mismo que a éste, «hasta las monjas le enviaban fuentes / de dulce y mazapán, y escapularios» [510]. Y en fin, la derrota de Rodrigo, es paralela a la que sufrieron contra los franceses las tropas de la Junta Central en Ocaña.

Lo mismo que otros escritores liberales del tiempo, Mora continuó sus ataques contra el sistema absolutista desde el exilio y hay en ellos una amargura y un resen-

timiento que apenas encubre la sátira. De vuelta ya en España, su liberalismo resultaba templado para unas generaciones más jóvenes y más militantes y, como apunta irónicamente Vicente Llorens, fue el viejo Mora, ya por entonces académico respetable, quien tradujo del francés para la imprenta, *La Gaviota* de Cecilia Boehl de Faber, la hija de aquel don Nicolás y de aquella doña Frasquita de la «querella». [1979, 67].

SALVADOR GARCÍA CASTAÑEDA
The Ohio State University

Obras citadas

- LLORENS, VICENTE, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra 1823-1834*. Madrid: Castalia, 1968, 2ª ed.
, *El romanticismo español*. Madrid: Fundación Juan March y Editorial Castalia, 1979.
- MONGUIÓ, LUIS, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*. Berkeley y Los Angeles: California U.P., 1967.
- MORA, JOSÉ JOAQUÍN DE, *The European Review*, «On Spanish Poetry» (1824), 373-83; (1824), 535-41; (1825), 292-7.
, *Poesías*. Cádiz: Librería de Feros, Calle de San Francisco, nº 51, 1836.
, *Poesías*. Madrid: Calle de Santa Teresa, Num. 8, París: Rue de Provence, Num. 12, 1853.
, *Leyendas españolas*. Londres: C y H. Senior, 1840.
, Id., Madrid: Sánchez, 1840.
, Id., París: Vicente Salvá, 1840 [En el presente trabajo cito por esta edición].